

el futuro: tensión hacia la gloria del cielo

• ALFREDO SAENZ, S. J.

LA EUCARISTIA Y LA IGLESIA PEREGRINANTE

LA Eucaristía edifica a la Iglesia como una "comunidad de vida" en Cristo glorioso. Pero también la Eucaristía pertenece a la Iglesia como "medio de irradiación salvadora", en cuanto que la Iglesia se encuentra en estado de construcción, con miras a anexionarse poco a poco las sucesivas generaciones humanas, introduciéndolas precisamente en esa "comunidad de vida" que constituye su esencia misma. Si bien el fin de la Eucaristía se orienta primariamente a suscitar la unión de caridad, sin embargo, por ser el sustento del hombre "en camino", por ser "sacramento de la fe" es el alimento nutritivo de la Iglesia que camina hacia el cielo en la oscuridad de la fe. La Iglesia peregrinante nos integra cada vez más en la comunión con Cristo y con nuestros hermanos. La Eucaristía es el nuevo alimento para el largo viaje por el desierto de esta vida en dirección a la Tierra Prometida que

mana la leche y la miel de la visión beatífica. La Eucaristía construye la Iglesia pascual en estado de "tránsito de este mundo al Padre". Por eso su mejor figura es el maná, pan del éxodo, alimento del caminante. La lluvia del maná amainó cuando el pueblo elegido entró en la Tierra Prometida. La Eucaristía deberá renovarse "hasta que venga" el Señor.

El Doctor Angélico atribuye al culto tres momentos o estadios: 1. Aquél en el que la eternidad y los medios que a ella conducían eran igualmente futuros, aunque representados en la tierra por signos imperfectos, por sombras. Es el estadio del Antiguo Testamento; 2. Aquél en el que la eternidad es aún futura, pero los medios que a ella conducen ya se han hecho presentes en el misterio de Cristo, representado bajo signos sacramentales. Es el estadio del Nuevo Testamento; 3. Aquél en el que la eternidad será una realidad presente y ya no representable por ningún signo. Es el estadio definitivo del cielo. (1)

La Eucaristía se ubica en el segundo

* Del libro próximo a aparecer "La Eucaristía, Sacramento de la Unidad". Colección Hombre Nuevo. Ediciones Paulinas, Buenos Aires.

(1) I-II, 102, 2, c y 103, 3, c.

de estos tres estadios. Tiene ya algo de definitivo, en cuanto que produce la caridad, la vida divina en nuestras almas, y algo de intermediario, en cuanto que fomenta la fe y la esperanza. Así como las figuras del Antiguo Testamento convergían en la Eucaristía, de manera similar *la Eucaristía mira hacia la gloria*. "En la antigua ley —enseña Santo Tomás— ni la divina verdad se había manifestado en sí misma, ni aún estaban expeditos los caminos para llegar a ella. Y por tanto convenía que el culto exterior de la ley antigua no solo fuese figurativo de la verdad futura que se habría de manifestar en la patria del cielo, sino también figurativo de Cristo, que es el camino que lleva a aquella verdad del cielo. Pero en el estadio de la nueva ley, este camino ya está revelado. De donde se sigue que no es conveniente que prefigure lo futuro, sino que conmemore lo presente o pretérito. Sólo conviene que prefigure la verdad futura de la gloria no revelada". (2)

La Iglesia está poseyendo la realidad y al mismo tiempo está en tensión hacia algo futuro. *Ya es esencialmente comunión de vida*: sus miembros conocen a Dios, viven en caridad, poseen por la gracia una participación en la vida divina. Cuando se reúne la asamblea litúrgica —expresión perfecta de la Iglesia— es para alabar al Padre común y proclamar, en unión con los santos, las maravillas de Dios. La Iglesia no está en estado de pura gestación, la Iglesia "es" ya desde ahora el Pueblo milagrosamente salvado, "es" la Esposa de Cristo, "es" el Templo del Señor.

Pero al mismo tiempo que "es", *está en estado de tensión*. Porque si bien es

cierto que la Iglesia ya es el Pueblo de Dios, la Esposa de Cristo, el Templo del Señor, también es cierto que está en marcha hacia una plenitud de toda esa realidad, hacia la fructificación última y definitiva de los valores que ya posee germinalmente. Sus miembros conocen al mismo Dios que los santos, pero en la fe, en espera de la visión; aman al mismo Dios que los santos, pero su caridad no siempre es actual; deberán pasar por la muerte y recuperar sus cuerpos después de una larga espera. En la asamblea litúrgica, la Iglesia peregrinante posee al Señor del cielo, pero sacramentalmente, bajo signos místicos, lo que no puede satisfacerla con plenitud. Por eso la Iglesia está en estado de Exodo hacia una profundización de lo ya adquirido para llegar de esa manera a la madurez. Casi podríamos decir que la Iglesia peregrinante se identifica con la Iglesia de la esperanza.

La Eucaristía es como una tangencia entre el tiempo y la eternidad, entre lo poseído y lo esperado. "Os digo que no volveré a comer la Pascua hasta que sea consumada". La Eucaristía es una presencia real pero también incluye una exigencia de consumación de lo ya incoado.

LA EUCARISTIA: PRESENCIA DE CRISTO GLORIOSO

En el sacramento del altar está presente el Cuerpo que Cristo posee actualmente en el cielo, su cuerpo glorificado. Al resucitar a su Hijo, el Padre le dio un *cuerpo espiritualizado*. Es, sin duda, su verdadero cuerpo, aquél con el que vivió en la tierra, pero transformado. (3)

(2) I-II, 101, 2.

(3) Cfr. I Corintios 15, 44-49.

El cuerpo terreno de Cristo y su cuerpo espiritualizado representan los dos estadios del misterio del hombre pecador salvado por la caridad de Dios, el término inicial y el término final. Dos estadios que no pueden coexistir a la vez. Esta penetración por el Espíritu de la materia transformada se ha realizado con tanta profundidad en el Señor que la manera trasciende los marcos de nuestra experiencia cotidiana.

San Juan, en su Evangelio, subraya la realidad del Cuerpo resucitado del Señor, destacando al mismo tiempo sus nuevas y raras cualidades, como por ejemplo su poder para entrar en el cenáculo sin necesidad de pasar por la puerta. En adelante, donde se manifieste el Cuerpo de Cristo, necesariamente aparecerá glorioso. Incluso en la Eucaristía. El cuerpo eucarístico de Cristo es su cuerpo espiritualizado. De otro modo no participaríamos en el sacrificio "grato" al Padre.

Cuando comulgamos recibimos a Cristo resucitado, poseemos al Cristo glorioso. *Nos alimentamos de gloria*. Por eso nuestra liturgia es triunfante, gloriosa, de comunión en la gloria de Cristo. Pero todavía bajo el velo de los símbolos. Comulgamos en la gloria pero esperamos que esta gloria se manifieste.

La Iglesia es un inmenso ejército que sigue a un general en jefe que ya ha pasado bajo el arco de triunfo asegurando así sustancialmente su victoria. Nosotros no la poseemos del todo, pero estamos detrás del jefe invicto. El ya ha vencido la batalla principal; nos quedan las escaramuzas finales. La Eucaristía pone en nosotros una semilla de tensión hacia la gloria —arco triunfal— porque

nos comunica la presencia del Cristo glorioso y vencedor.

LA EUCARISTIA: PRINCIPIO DE RESURRECCION

Gracias a Cristo ha comenzado la *renovación cósmica* que deberá caracterizar a la era escatológica. El cuerpo resucitado del Señor es la célula primera del nuevo universo. En Cristo, el Espíritu ya ha tomado posesión de la materia, como lo hará después con toda la creación en los tiempos de la "recapitulación" final. Cristo —el primero— ha realizado en Sí el paso del mundo de la carne al mundo de Dios, del mundo antiguo de la muerte al mundo nuevo dominado por el Espíritu de vida, del mundo de la desobediencia al mundo de la comunión. (4)

Cuando el cuerpo así espiritualizado de Cristo penetra en el alma por la Eucaristía, no sólo elimina germinalmente la muerte del hombre sino que poco a poco va debilitando todo lo que en él encuentra de antidivino o de no-divino. El cuerpo del Señor es prenda de vida eterna en la plenitud de Dios. (5)

Cristo resucitado se hace nuestro alimento —alimento glorioso—. "Las palabras que Yo os he dicho son espíritu y vida, dijo Jesús, lo que equivale a decir, interpreta San Atanasio: Lo que se ha mostrado y dado para la salud del mundo es la carne que llevo, pero os daré esta misma carne con su sangre, espiritualmente como alimento, de modo que sea distribuida a cada uno y se convierta en salvaguardia de la resurrección

(4) Romanos 8.

(5) Juan 6, 58.

para la vida eterna". (6) Y S. Cirilo de Alejandría extiende a nuestros cuerpos la acción restauradora de la Eucaristía: "Era preciso que el Señor viniese a nosotros divinamente por el Espíritu Santo, que se mezclase por así decir con nuestros cuerpos por su carne sagrada y su sangre preciosa y que el cuerpo de vida se encontrase en nosotros como un *germen vivificante*". (7) Según el pensamiento de este Santo Padre el Espíritu santifica al alma por el Bautismo, mientras que el Verbo hecho carne santifica al cuerpo por la Eucaristía.

La carne glorificada de Cristo, al penetrar en nuestro interior, *aniquila a la muerte* y restaura la unidad perdida. "Nuestra naturaleza fue arrastrada aun en la persona de Dios a la disociación del alma y del cuerpo, en virtud del orden que le es propio, escribe S. Gregorio de Niza. Con el poder divino, Dios ha reunido de nuevo las partes separadas, reajustando en unión indestructible lo que estaba dividido. Eso es lo que obró la Resurrección: el retorno, después de la disolución de los elementos acoplados, a una unión indisoluble, para que pudiéramos llegar a la vida eterna. Así como la muerte, producida una vez por el primer hombre, se había transmitido al mismo tiempo a toda la naturaleza humana, así *el principio de la resurrección* se extiende, gracias a uno solo, a toda la humanidad. Aquel que de nuevo unió el alma a su propio cuerpo, gracias a su poder, fue el punto de partida de un movimiento que extiende a toda la naturaleza humana la unión de lo que estaba separado. Este es el misterio del

designio de Dios en lo que toca a la muerte y a la resurrección de entre los muertos: si Dios no impidió que la muerte separase el alma y el cuerpo según el orden inevitable de la naturaleza, los ha reunido de nuevo por la resurrección para convertirse El mismo en el punto de encuentro de la muerte y de la vida, *Frenando en El la descomposición de la naturaleza producida por la muerte*, y convirtiéndose así en un *principio de reunión para los elementos separados*". (8)

S. Ignacio de Antioquía llamaba a la Eucaristía "el remedio de la inmortalidad". Y S. Justino no dudaba en definirla como "el alimento por el cual nuestra carne y nuestra sangre son alimentadas con miras a la transformación". (9) "Como la planta de viña sembrada en la tierra fructifica en la estación debida, como el grano de trigo que cae en la tierra se descompone para levantarse luego y multiplicarse por la virtud del Espíritu de Dios, con el fin de servir después al uso de los hombres, según el designio de la divina sabiduría y, finalmente, por la Palabra de Dios, hacerse Eucaristía, que es el Cuerpo y la Sangre de Cristo; así nuestros cuerpos, alimentados por la Eucaristía, y depositados en tierra, donde sufren la descomposición, *se levantarán en el tiempo designado*, y el Verbo de Dios les dará la resurrección para gloria del Padre que reviste lo mortal de inmortalidad y da gratuitamente a lo corruptible la incorruptibilidad, porque la fuerza de Dios se despliega en la debilidad" (S. Ireneo). (10) Y en otra parte comenta el mismo autor: "Como el pan que viene de la

(7) PG 72, 908-912.

(6) A Serapión 4, 19.

(8) Discursos Catequéticos 16, 7-9.

(9) Apología 66.

(10) Contra los Herejes 5, 2, 2-3.

tierra, al recibir la invocación de Dios, no es ya un pan ordinario sino una Eucaristía compuesta de dos elementos, uno terrestre y otro celestial, así nuestros cuerpos, habiendo tomado parte en la Eucaristía, no son ya corruptibles, puesto que tienen *la esperanza de la resurrección para la eternidad*". (11).

Los Padres de la Iglesia se deleitaban contraponiendo el alimento mortífero que habían digerido nuestros primeros padres en el paraíso y este contraveneno de la Eucaristía. "Así como envolvemos la chispa en paja para conservar el incendio, del mismo modo mediante su carne Nuestro Señor Jesucristo nos ha injertado su vida, y ha depositado en nosotros una semilla de inmortalidad que destruye todo cuanto de corruptible hay en nosotros" (S. Gregorio de Niza). (12) "¿Cómo dicen —se pregunta S. Ireneo— que la carne no es capaz del don de Dios que es la vida eterna, la carne alimentada con el Cuerpo y la Sangre del Señor, y hecha miembro de El? Dice el Apóstol en su carta a los Efesios: Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos; y esto no lo dice de un hombre espiritual e invisible, porque el espíritu no tiene huesos ni carne, sino que lo dice del órgano verdaderamente humano, que consta de carne, nervios y huesos, y que se alimenta de su cáliz que es su sangre, y crece con el pan que es su cuerpo". (13)

La enseñanza de los Padres podría, pues, resumirse en la afirmación de que la Eucaristía no solo da derecho a la futura resurrección sino que desde ya obra glorificando al cuerpo humano, y al sem-

brar un germen de inmortalidad, alimenta a toda la realidad corporal para la incorruptibilidad.

Similar es la enseñanza de Santo Tomás, cuando comenta el capítulo sexto del evangelio de S. Juan, fundamental para nuestro propósito: "Es manifiesto —dice— que la destrucción de la muerte, a la que Cristo aniquiló al morir, y la reparación de la vida, que realizó al resucitar, es efecto de este sacramento" (14) y esto de manera universal "porque la vida que comunica no sólo es la vida de un hombre, sino la de todo el mundo". "La Eucaristía es la prenda de la herencia eterna, como se dice en Efesios 1, 14. De aquí la gran utilidad de este alimento, porque da la vida eterna; pero al mismo tiempo es grande su eficacia ya que da la vida eterna también al cuerpo". (15)

Por eso dijo Cristo: Al que coma mi carne y beba mi sangre Yo lo resucitaré en el último día porque "el que come y bebe espiritualmente, se hace participante del Espíritu Santo, por el cual nos unimos a Cristo por la fe y la caridad y gracias al cual nos hacemos miembros de la Iglesia. El Espíritu Santo hace que merezcamos la resurrección, según aquello de Romanos 4, 24: El que resucitó a Cristo Nuestro Señor de entre los muertos resucitará también nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que inhabita en nosotros. Y por eso dice el Señor que el que come y bebe resucitará para la gloria y no para la condenación, porque esta última resurrección de nada aprovecharía. Es muy conveniente atribuir este efecto al sacramento de la Eucaristía,

(11) Ibid. 4, 18, 5.

(12) Explicación sobre Juan 11, 27.

(13) Contra los Herejes, 5, 2-3.

(14) Comentario sobre Juan, capítulo 6, lección 6.

(15) Ibid.

porque como dice S. Agustín, *el Verbo resucita a las almas, pero el Verbo hecho carne vivifica a los cuerpos*. Y en este sacramento no solo está el Verbo según su divinidad, sino también según la verdad de la carne, y por lo mismo no es solo causa de la resurrección de las almas sino también de los cuerpos". (16) "Porque el que come este pan permanece en Mí y Yo en él; pero Yo soy la vida eterna; por tanto, el que come de este pan como debe, vivirá eternamente". (17)

Es claro que, como dijimos antes, se trata de la carne espiritualizada del Señor: "La carne de Cristo en sí considerada de nada aprovecha, y ningún efecto tiene proficuo diferente a cualquier otra carne. Si hiciésemos una abstracción de la divinidad y del Espíritu Santo, no tendría otro poder diferente a la carne de cualquier otra persona; pero si se le agrega el Espíritu y la divinidad aprovecha a muchos, porque hace que los que comen permanezcan en Cristo, ya que por el Espíritu de caridad el hombre permanece en Dios, según lo que se lee en I Juan 4, 13: en esto conocemos que permanecemos en Dios y El en nosotros, en que nos dio de su Espíritu... Y por lo mismo se dice: Las palabras que os hablé son espíritu y vida; por lo tanto, deben ser referidas al Espíritu unido con la carne". (18)

Es decir que, según la enseñanza tomista, en la Eucaristía el fiel recibe la fuente de su resurrección total alma y cuerpo. Esta resurrección no es sólo obra del Espíritu Santo, sino del Espíritu

en cuanto que está unido a la carne de Cristo.

LA EUCARISTIA: ASUNCION DEL TRABAJO DE LOS HOMBRES

Toda la vida humana debe quedar transformada por el sacramento del altar. Incluso *el trabajo* de esta vida no está sin relación con la Eucaristía. El sacramento del poder de Dios debe fructificar en obras buenas. "Trabajad la Eucaristía" nos dice S. Juan. (19) La Eucaristía contiene un fermento de eficacia que debe ser introducido en la masa.

Desde el comienzo de la historia, el trabajo aparece como una apropiación de la naturaleza. Pero el hombre no debe dominar a las cosas con orgullo prometeico. El octavo día —el día de la Eucaristía— no es el séptimo. Esta no es una verdad de Perogrullo. El octavo día, el domingo, es el día del descanso del hombre, pero al mismo tiempo es el día del trabajo de Dios que mediante su gracia hace del trabajo semanal del cristiano una verdadera eucaristía, una acción de gracias al Señor. Y también el trabajo de la nueva semana que comienza debe brotar de la Eucaristía.

La labor de los hombres llega así hasta la mesa del altar. Los trigales y las viñas han sido trabajados por los hombres antes de hacerse pan y vino. Luego vendrá el trabajo de Dios que por puro don los transformará en su Cuerpo y Sangre. La conversión del pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo es un verdadero trabajo, el prototipo de todo trabajo, porque renueva la acción más perfecta que han conocido los hombres, la de la En-

(16) Comentario sobre Juan, capítulo 6, lección 7.

(17) Ibid.

(18) Comentario sobre Juan, capítulo 6, lección 8.

(19) Juan 6, 27.

carnación, y la pasión más total, la de la Cruz. Nuestros trabajos, como el de Cristo en Názaret, son la eflorescencia del verdadero trabajo redentor, el de la transustanciación y el de nuestra incorporación.

La Eucaristía es la actualización continua del trabajo salvador, pero una actualización susceptible de progreso, en la medida en que el perfeccionamiento, la espiritualización de nuestros trabajos humanos permitan a Cristo hacer siempre más eficaz su trabajo divino, *reduciendo cada vez más el hiato entre su cuerpo eucarístico y su cuerpo glorioso*.

La Eucaristía hace la Iglesia, la engendra y la trabaja, para que sea consumada, en el día de la suprema Pascua, en la unidad de un mismo cuerpo de gloria. El sacramento del pan y del vino obra sin cesar la reunión de toda la creación en el misterio de la unidad de Dios. Todo el cosmos material y el trabajo humano, con las múltiples relaciones económicas, políticas y sociales, debe llegar al pan de las hostias y al vino de los cálices. Todo debe "pasar" (pascua) a Dios.

LA EUCARISTIA: ANTICIPACION DE LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Mirando al pasado, la Eucaristía no se instala definitivamente en el presente, sino que anhela el futuro. Une el pasado con el futuro a través del presente. *La primera venida de Cristo en la humildad de su carne pasible se ordena a su segunda venida triunfadora y radiante al fin de los tiempos, mediante la venida intermedia de su cuerpo eucarístico, glorioso ya, pero todavía velado por las especies sacramentales*.

Podríamos decir que la Eucaristía se

coloca en el centro de confluencia de *dos líneas* tendidas en direcciones opuestas pero encontradas. Una de ellas va *de nosotros a Dios* y se expresa preferentemente en el texto de las *oraciones post comuniones* de la Misa:

"Concédenos, Señor, que percibamos el efecto de la salvación, cuya prenda hemos recibido en estos misterios" (20);

"haz, Señor, que tus sacramentos obren en nosotros lo que contienen, para que un día recibamos en toda su realidad lo que ahora celebramos bajo signos exteriores" (21);

"haz, Señor, que seamos saciados con la fruición eterna de tu divinidad, que prefigura la recepción temporal de tu precioso Cuerpo y Sangre" (22).

La liturgia Gelasiana contiene también en su ritual una preciosa postcomunión: "Escúchanos, Señor, y haz que por estos sacrosantos misterios confiemos que lo que nos precedió en la Cabeza de la Iglesia sucederá alguna vez en todo el Cuerpo eclesástico".

La primera línea, pues, de la Eucaristía, se extiende como una súplica de encuentro con Dios. Pero hay una segunda línea que responde como un eco a la primera. Es la de *la promesa de Cristo de visitarnos en la consumación de los tiempos*. Cuando Jesús convocó a sus discípulos para la reunión de la Última Cena expresó ya la promesa que haría viable el encuentro y que no dejaría estéril la súplica de la Iglesia: "Con ardor he deseado comer esta Pascua antes de padecer. Os aseguro que no la comeré más hasta que se cumpla en el Reino. . . ,

[20] Martes de la primera semana de Cuaresma.

[21] Sábado de ténporas de septiembre.

[22] Fiesta de Corpus Christi.

ni beberé más del fruto de la viña *hasta que llegue* el Reino de Dios".

S. Pablo en su primera epístola a los Corintios, 11, 26 pone también esas palabras en boca del Señor: "Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor *hasta que venga*". No se trata de una mera "fecha-tope" sino de una especie de exigencia de su parusía, implícita en toda Eucaristía: hasta que sea alcanzado el fin. Es la traducción de un clima de esperanza, de súplica ardiente por la venida en gloria del Señor. Hay estrecha relación entre el "hasta-que-venga" y la plegaria "ven Señor" de los primeros cristianos (23).

La Eucaristía es verdaderamente "el convite del Señor" glorioso y vivificante, pero en una situación de tensión que trata de resolverse. La esperanza personal del fiel desemboca en la esperanza de toda la Iglesia. La Eucaristía no puede alimentar al fiel sin hundirlo más profundamente en el dinamismo de la esperanza eclesial.

El anuncio de la muerte del Señor y su representación objetiva durará hasta que El venga con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos. Entonces ya no se anunciará más su muerte por la Eucaristía. Nadie conoce el día ni la hora. Pero los que celebran la Eucaristía saben que *el día del Señor está cerca*. En la Eucaristía los cristianos hacen profesión de fe en ese día. La espera de la Parusía es un elemento esencial de la celebración eucarística.

Al igual que la Iglesia en hábitos terrestres, también la Eucaristía pasará con la apariencia de este mundo (24). Los que se reúnen para comer el Cuerpo del

Señor son peregrinos que otean el horizonte. Cristo dijo: Vigilad y orad. En la recta celebración de la Eucaristía se realiza esta vigilancia y se eleva esta oración.

La fe de la Iglesia en la Parusía se muestra mediante *signos y palabras*. En el pan y en el vino transustanciados se deja prever la *forma futura del mundo glorificado en Cristo*. El pan y el vino se convierten en algo espiritualizado. Es el comienzo de los nuevos cielos y de las nuevas tierras.

El "Amén" de la Iglesia, al fin del Canon, es el *Amén al Señor que viene*, una participación en el perenne Amén de Jesús, que une así su voluntad con la del Padre. La oración de la Misa que precede a este solemne Amén es una plegaria con implicaciones escatológicas: "Por el cual creas, Señor, todos estos dones, los santificas, los vivificas, los bendices y nos los otorgas". En el cielo pronunciaremos el Amén definitivo sobre este mundo que haya aceptado ser transformado por Cristo, pero ya desde la tierra lo preludivamos en la Eucaristía. Lo mismo se diga del *Alleluia*. Bien decía S. Agustín que toda nuestra ocupación en el cielo se reducirá a repetir incansablemente Amén-Alleluia.

El canto festivo del *Sanctus* nos recuerda que ya hemos entrado a formar parte en la sociedad de los cielos. Lo entonamos "junto con los ángeles y los arcángeles que no cesan de repetirlo". Por eso aún cuando la Eucaristía sea el recuerdo de la muerte de Cristo se celebra *en medio de la mayor exultación*. El pan es imagen de la fuerza vital, el vino lo es de la abundancia y de la alegre sociedad, los cantos, la música, las campanas, el incienso, nos transportan a otro mundo, entreabren, aunque tenuemente, el telón de la eternidad. El trabajo cris-

(23) Maranatha, decían los primeros cristianos.

(24) I Corintios 7, 31.

tiano de los hombres se acaba en la contemplación de Dios.

LA EUCHARISTIA: PRELUDIO DE LA COMUNION FINAL

El sacramento del altar prepara para una nueva y definitiva comunión, esta vez sin el velo de los símbolos.

Así lo enseña Teodoro de Mopsuesta en un texto excelente: "Puesto que todavía no poseemos la plena posesión de los bienes celestiales, vivimos ahora en la fe hasta que subamos al cielo y vayamos hacia Nuestro Señor: allí ya no le veremos en espejo o en enigma, sino cara a cara. Puesto que esperamos recibir efectivamente este don por la resurrección, en el tiempo fijado por Dios, *tenemos orden de realizar en este mundo las figuras y los símbolos de aquellos bienes futuros*, para que, por la liturgia de los sacramentos, en figura, entremos en el gozo de los bienes esperados. Por tanto, así como el verdadero nuevo nacimiento es el que esperamos por la resurrección, mientras realizamos en el bautismo un nuevo nacimiento en figura y en símbolo, así el verdadero alimento de la inmortalidad es el que esperamos comer, recibido entonces en verdad por un don del Espíritu Santo, mientras que ahora somos alimentados como en figura por un alimento inmortal" (25).

La comunión, que ahora se hace a través de signos y de símbolos, está en tensión hacia su madurez definitiva, ya en cierta manera invocada: "Entonces puramente, por gracia del Espíritu, sin sacramentos ni signos, seremos alimentados

y seremos perfectamente inmortales, incorruptibles e inmutables por naturaleza" (26).

Santo Tomás compara nuestra Eucaristía con la misteriosa comunión de los ángeles en el cielo: "La comunión de Cristo mediante este sacramento se ordena, como a su fin, a la fruición de la patria celestial, en la que los ángeles gozan de Dios" (27).

LA EUCHARISTIA: SACRAMENTO DEL ENTRETIENTO

Hasta tanto que el cristiano no haya llegado a la comunión celestial deberá seguir alimentándose con el Pan de los viadores. La Eucaristía es el convite sacrificial de la Iglesia durante el tiempo que corre entre la Ascensión y la Segunda Venida del Señor. Por eso la llamamos sacramento del "entretiempo".

La Eucaristía consuela a la Iglesia por el alejamiento del Señor de la gloria, que desapareció de su vista en medio de las nubes. Es el viático de la Iglesia en su larga y penosa peregrinación a través de siglos y milenios. La Eucaristía es la incitación permanente a perseverar en el Señor... hasta que vuelva.

Su tono es de alegría. La Iglesia se viste de colores pensando en la próxima Parusía del Señor. Entonces todo nacerá de nuevo. Allí el hombre no necesitará de las especies sino que verá cara a cara. "Tus sacramentos obren en nosotros, Señor, la gracia que contienen para que obtengamos en realidad lo que ahora celebramos simbólicamente" (28).

(25) Homilias Catequéticas 15, 12, 13.

(26) Ibid. 25.

(27) III, 80, 2, ad 1.

(28) Sábado de tómporas de septiembre.

CONCLUSION

La Eucaristía nos ha aparecido como el sacramento de la unidad horizontal, histórica, se nos ha revelado como el sacramento que explica la historia. Más aún: No se puede pensar en elaborar una "teología de la historia" si se renuncia a estudiar el papel protagónico que en ella debe ocupar el sacramento del altar. La Eucaristía explica la concatenación lógica de los diferentes estadios de la historia la cual, en el fondo, es una historia de salvación. La Eucaristía permite la progresiva aplicación de la Redención del Señor al hacer posible la gradual incorporación de todos los hombres a la Iglesia en el curso de los siglos.

El pasado nada pierde de su riqueza en el presente, y el presente se orienta ansiosamente hacia el futuro. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, pasando por la Cruz, la Eucaristía une en sí todas las etapas de la historia.

Este juego —complejo pero esplendoroso— del pasado, presente y futuro, encuentra su expresión más cabal en una frase feliz del Doctor Angélico, a quien hemos seguido muy de cerca en estas páginas, frase que en su pluma es oración:

"Oh sagrado convite en el que se asimila a Cristo;

se recuerda la memoria de su Pasión (signo rememorativo: el pasado);

el hombre rebosa de gracia (signo demostrativo: el presente);

y se nos da una prenda de la vida futura (signo profético: el futuro).